

minotauro

URSULA K. LE GUIN

EL MUNDO DE ROCANNON



URSULA K. LE GUIN

EL MUNDO DE ROCANNON

minotauro

El mundo de Rocannon

Rocannon's World

Copyright © 1966 by Ace Books, Inc., © 1994 by Ursula K. Le Guin

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034
Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rafael Marín

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown,
Ltd.

ISBN: 978-84-450-1416-5

Depósito legal: B. 12.274-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Así termina la primera parte de la leyenda; y todo es verdad. Ahora, algunos hechos, que son igualmente ciertos, del *Manual de la Zona Galáctica Ocho* de la Liga:

Número 62: FOMALHAUT II.

Tipo AE. Vida basada en el carbono. Un planeta de núcleo ferroso, 9.900 kilómetros de diámetro, con atmósfera rica en oxígeno. Traslación: 800 días terrestres, 8 horas, 11 minutos, 21 segundos. Rotación: 29 horas, 51 minutos, 0,2 segundos. Distancia media del sol: 3,2 UA, leve excentricidad orbital. Oblicuidad de la elipse 27° 20' 20'', lo que causa marcados cambios estacionales. Gravedad: 0,86 estándar.

Cuatro grandes masas de tierra, los continentes Noroeste, Sudoeste, Este y Antártico, ocupan el 38% de la superficie del planeta.

Cuatro satélites (tipo Perner, Loklik, R-2 y Phobos). El compañero de Formalhaut es visible como una estrella superbrillante.

Mundo de la Liga más cercano: Nueva Georgia del Sur, capital Kerguelen (7,88 años luz).

Historia: el planeta fue detectado por la expedición Elieson en 202, explorado con sondas-robot en 218.

Primer estudio geográfico, 235-6. Director: J. Kiolaf. Las masas de tierra principales se estudiaron desde el aire (véanse los mapas 3114-a, b, c; 3115-a, b). Los aterrizajes, estudios geológicos y biológicos y contactos con formas de vida inteligente se limitaron a los continentes Este y Noroeste (véase más adelante la descripción de las especies inteligentes).

Misión de avance tecnológico a las especies I-A, 252-4. Director: J. Kiolaf (solo continente Noroeste).

Las misiones de control y tasación a las especies I-A y II se llevaron a cabo bajo los auspicios de la Fundación de la Zona de Kerguelen, Nueva Georgia del Sur, en 254, 258, 262, 266, 270; en 275 el planeta fue puesto en interdicción por la Autoridad Mundial de Formas de Vida Inteligente, pendiente de estudios más adecuados de sus especies.

Primer estudio etnográfico, 321. Director: G. Rocannon.

* * *

Un alto árbol de un blanco cegador creció rápida y silenciosamente en el cielo tras la montaña al sur. Los guardias de las torres del castillo de Hallan dieron la voz de alarma, golpeando bronce contra bronce. Sus débiles voces y el clamor de la advertencia fueron engullidos por el rugido del sonido, el martilleo del viento, el tambalearse del bosque.

Mogien de Hallan recibió a su huésped, el señor de las estrellas, a la carrera, mientras se dirigía al patio de armas del castillo.

—¿Estaba tu nave detrás del monte Sur, señor de las estrellas?

Muy blanco de rostro, pero con voz tranquila como de costumbre, el otro respondió:

—Así es.

—Ven conmigo.

Mogien llevó a su invitado en la silla posterior del corcel del viento que esperaba ya ensillado en el patio. Descendieron los mil peldaños, cruzaron el abismo, recorrieron los bosques de los dominios de Hallan que la montura sobrevoló como una hoja gris al viento.

Mientras cruzaba hacia el monte Sur, los jinetes vieron un humo azul que brotaba entre las lanzadas doradas de las primeras luces del sol. Un incendio forestal ardía entre los húmedos y frescos bosquecillos que cubrían el lecho del río en la ladera de la montaña.

De repente, bajo ellos, apareció un agujero en la falda de la montaña, un negro pozo lleno de humeante polvo negro. En el filo del amplio círculo de aniquilación yacían árboles quemados y convertidos en largas manchas de carbón, todos apuntando con sus copas caídas al otro lado del pozo de negrura.

El joven señor de Hallan mantuvo firme a su gris montura en la corriente que surgía del valle y contempló el pozo sin decir nada. Había viejas historias de los tiempos de su abuelo y su bisabuelo que contaban cómo llegaron los señores de las estrellas, cómo habían arrasado montañas y hecho hervir el mar con

sus terribles armas, y cómo con la amenaza de aquellas armas habían obligado a todos los señores de Angien a jurarles fidelidad y tributo. Por primera vez creyó ahora Mogien esas historias. Su aliento quedó retenido en su garganta durante un segundo.

—Tu nave estaba...

—La nave estaba allí. Yo tenía que reunirme aquí con los otros, hoy. Mi señor Mogien, dile a tu gente que evite este lugar. Durante un tiempo. Hasta después de las lluvias, el próximo añofrío.

—¿Un hechizo?

—Veneno. La lluvia libraré de él a la tierra.

La voz del señor de las estrellas seguía siendo tranquila, pero tenía la cabeza gacha, y de inmediato volvió a hablar, no a Mogien, sino a aquel negro pozo que tenían debajo, vetado ahora con la brillante luz del sol de la mañana. Mogien no entendió ni una palabra de lo que decía, pues hablaba en su propia lengua, el habla de los señores de las estrellas, y ahora no había ningún hombre en Angien ni en todo el mundo que hablara esa lengua.

El joven angya controló a su nerviosa montura. Tras él, el señor de las estrellas inspiró profundamente.

—Volvamos a Hallan —dijo—. Aquí no hay nada.

El corcel revoloteó sobre las humeantes colinas.

—¡Señor Rokanan, si tu pueblo está ahora en guerra entre las estrellas, ofrezco en vuestra defensa las espadas de Hallan!

—Te lo agradezco, señor Mogien —dijo el señor de las estrellas, aferrándose a la silla, el viento del vuelo agitaba sus grises cabellos.

El largo día pasó. El viento de la noche se colaba por las ventanas de su habitación en la torre del castillo de Hallan, haciendo que el fuego de la ancha chimenea titilara. El añofrío casi había terminado; la inquietud de la primavera se notaba en el viento. Cuando alzó la cabeza olió la dulce y mustia fragancia de los tapices de hierbas que colgaban de las paredes y la dulce y fresca fragancia de la noche en los bosques. Habló por su transmisor una vez más:

—Aquí Rocannon. Al habla Rocannon. ¿Podéis contestar?

Escuchó el silencio del receptor largo rato, y luego probó una vez más con la frecuencia de la nave.

—Aquí Rocannon...

Cuando advirtió que hablaba en voz baja, casi susurrando, se detuvo y desconectó el aparato. Todos estaban muertos, los catorce, todos sus compañeros y amigos. Habían estado en Formalhaut II la mitad de uno de los largos años del planeta, y habían tenido tiempo para consultar y comparar notas. Por eso Smate y su equipo habían venido del continente Este, y recogido de camino al equipo antártico, y acabaron reuniéndose aquí con Rocannon, el director del primer estudio etnográfico, el hombre que los había traído a todos. Y ahora estaban muertos.

Y su trabajo (todas sus notas, imágenes, cintas, todo lo que habría justificado su muerte) también había desaparecido, había quedado reducido a polvo con ellos, se había perdido con ellos.

Rocannon conectó de nuevo su radio y pasó a la frecuencia de emergencia, pero no tomó el transmisor. Llamar tan solo serviría para decir al enemigo que

había un superviviente. Permaneció inmóvil. Cuando golpearon con fuerza a su puerta dijo en la extraña lengua en la que tendría que hablar a partir de ahora:

—¡Pasa!

Entró el joven señor de Hallan, Mogien; él había sido su mejor informador sobre la cultura y las costumbres de la Especie II y ahora era quien controlaba su destino. Mogien era muy alto, como todo su pueblo, de cabellos brillantes y piel oscura, su hermoso rostro educado mostraba una severa calma en la que a veces asomaba el rayo de emociones poderosas: furia, ambición, alegría. Lo seguía su sirviente olgyor, Raho, quien depositó una botella amarilla y dos copas sobre un cofre, llenó ambas copas hasta arriba y se retiró.

—Quisiera brindar por ti, señor de las estrellas —dijo el heredero de Hallan.

—Y por mi relación contigo y nuestros hijos, mi señor —respondió el etnólogo, que no había vivido en nueve planetas exóticos diferentes sin aprender el valor de las buenas costumbres. Mogien y él alzaron sus copas de madera repujadas de plata y bebieron.

—¿La caja de palabras no volverá a hablar? —preguntó Mogien, mirando la radio.

—No con las voces de mis amigos.

El rostro castaño oscuro de Mogien no mostró signos de pesar.

—Señor Rokanan —dijo—, el arma que los mató es inimaginable.

—La Liga de Todos los Mundos tiene esas armas para usarlas en la guerra por venir. No contra nuestros propios mundos.

—¿Esto es la guerra, entonces?

—Creo que no. Yaddam, a quien conociste, estaba en la nave; habría oído las malas noticias al respecto por el ansible de la nave y me habría llamado por radio de inmediato. Habría habido advertencia. Esto debe ser una rebelión contra la Liga. Se estaba cociendo una revuelta en un mundo llamado Faraday cuando partí de Kerguelen, y según el tiempo del sol eso fue hace nueve años.

—¿Esta pequeña caja de palabras no puede hablar con la ciudad de Kerguelen?

—No. Y aunque lo hiciera, las palabras tardarían ocho años en llegar allí, y la respuesta otros ocho años en volver.

Rocannon hablaba con su habitual gravedad y sencilla amabilidad, pero su voz sonó un poco sombría mientras explicaba su exilio:

—¿Te acuerdas del ansible, la máquina que te mostré en la nave, y que puede hablar al instante con otros mundos, sin pérdida de años? Sospecho que iban a por él. Fue mala suerte que todos mis amigos estuvieran en la nave. Sin él, no puedo hacer nada.

—Pero si tus familiares, tus amigos en la ciudad de Kerguelen te llaman por el ansible y no hay respuesta, ¿no vendrán a ver...?

Mogien vio la respuesta mientras Rocannon la decía:

—Dentro de ocho años.

Cuando le había mostrado a Mogien la nave de exploración y le había enseñado el transmisor instantáneo, el ansible, Rocannon le había hablado también del nuevo tipo de nave que podía ir de una estrella a otra en un instante.

—¿La nave que mató a tus amigos era MRQL?
—preguntó el caudillo angyar.

—No. Era tripulada. Hay enemigos aquí, en este mundo, ahora.

Esto le quedó claro a Mogien cuando recordó que Rocannon le había contado que los seres vivos no podían viajar en las naves MRQL y sobrevivir; estas naves eran utilizadas solamente como bombarderos-robot, armas que podían aparecer y golpear y desaparecer en un momento. Era una historia extraña, pero no más extraña que la historia que Mogien sabía que era real: que, aunque la clase de nave en la que Rocannon había venido aquí tardaba dos años en cruzar la noche entre los mundos, para los hombres a bordo de la nave esos años parecían solo unas pocas horas. En la ciudad de Kerguelen, donde el sol es la estrella Forrosul, este hombre, Rocannon, había hablado con Semley de Hallan y le había dado la joya Ojo del Mar, casi cincuenta años antes. Semley, que había vivido dieciséis años en una noche llevaba mucho tiempo muerta, su hija Haldre era una anciana, su nieto Mogien, un hombre adulto; sin embargo, aquí estaba Rocannon, que no era viejo. Esos años habían pasado, para él, viajando entre las estrellas. Era muy extraño, pero había otras historias más extrañas todavía.

—Cuando la madre de mi madre, Semley, cruzó la noche... —empezó a decir, y se detuvo.

—Nunca hubo una dama tan bella en todos los mundos —dijo el señor de las estrellas, su rostro menos preocupado por un instante.

—El señor que le ofreció su amistad es bienvenido entre sus parientes —dijo Mogien—. Pero quería

preguntar, señor, qué tipo de nave utilizó. ¿Os la quitaron los hombres del barro? ¿Tiene un ansible para que puedas avisar a los tuyos de la presencia de este enemigo?

Durante un segundo Rocannon pareció anonado, luego se calmó.

—No —dijo—, no lo tiene. Se la regalaron a la gente del barro hace setenta años; entonces no existía la transmisión instantánea. Y no puede haberse instalado recientemente, porque el planeta ha estado bajo Interdicto desde hace cuarenta y cinco. Debido a mí. Porque interferí. Porque, después de conocer a la señora Semley, acudí a mi gente y les dije: ¿qué estamos haciendo en este mundo del que no sabemos nada? ¿Por qué tomamos su dinero y los presionamos? ¿Qué derecho tenemos? Pero si hubiera dejado la situación tal como estaba al menos ahora vendría alguien cada dos años; no estaríais completamente a merced de este invasor...

—¿Qué quiere de nosotros el invasor? —preguntó Mogien, no con modestia, sino por curiosidad.

—Supongo que quiere vuestro planeta. Vuestro mundo. Vuestra tierra. Tal vez convertiros en esclavos. No lo sé.

—Si la gente del barro tiene todavía esa nave, Rokanan, y si la nave va a la Ciudad, tú podrías ir en ella y reunirte con tu pueblo.

El señor de las estrellas lo miró durante un momento.

—Supongo que podría —dijo. Su tono volvió a apagarse. Permanecieron en silencio durante un minuto más, y entonces Rocannon habló con pa-

sión—: He puesto a tu pueblo en peligro. Traje a mi propia gente y están muertos. ¡No voy a huir ocho años en el futuro para ver qué sucede a continuación! Escucha, mi señor Mogien, si pudieras ayudarme a ir al sur y visitar a la gente del barro, yo podría llegar a la nave y usarla aquí en el planeta, manejarla. Al menos, si no puedo cambiar su impulso automático, puedo enviarla a Kerguelen con un mensaje. Pero me quedaré aquí.

—Semley la encontró, según cuenta la historia, en las cavernas de los gdemiar cerca del mar de Kirien.

—¿Me prestarás un corcel del viento, señor Mogien?

—Y mi compañía, si quieres.

—¡Te lo agradezco mucho!

—La gente del barro son malos anfitriones para los invitados solitarios —dijo Mogien, satisfecho. Ni siquiera pensar en aquel espectral agujero negro en la montaña podía aplacar el ansia de las dos largas espadas que colgaban de su cinto. Había pasado mucho tiempo desde la última incursión.

—Que nuestros enemigos mueran sin hijos —dijo el angya gravemente, alzando la copa, que había vuelto a llenar.

Rocannon, cuyos amigos habían muerto sin aviso en una nave desarmada, no vaciló.

—Que mueran sin hijos —dijo, y bebió con Mogien, allí bajo la luz amarilla de las velas y la doble luna, en la alta torre de Hallan.